

Novena a Nuestra Madre de la Merced

**Consuelo de los cautivos, Fundadora y
Protectora de la Orden de la Merced**

DÍA 3: 17 de septiembre

**Con María, mujer amante y solidaria,
construimos fraternidad**

En María encontramos el modelo de mujer de Dios, “la sierva de Dios”, en quien lo femenino se diviniza y se concreta como parte fundamental del proyecto de salvación. Es la bendita entre todas las mujeres. En ella Dios dignificó a la mujer en dimensiones insospechadas.

En María el Evangelio penetró la feminidad, la redimió y exaltó (Puebla 299). María se puso en camino y fue a toda prisa a un pueblo de la región de Judá. El encuentro de María con su prima Isabel nos recuerda el dinamismo (en camino y a toda prisa) de la acción de Dios en la historia; un Dios que nos sorprende y nos hace salir de nuestros propios esquemas para encontrarnos con el/la que sufre.

El papa Francisco nos recuerda: “hoy no hay tiempo para la indiferencia, no nos podemos lavar las manos con la distancia, con la prescindencia, con el menosprecio”. “O somos hermanos —sentenció—, o se viene todo abajo “. Y es que la fraternidad es “la frontera sobre la cual tenemos que construir”: se trata del desafío de nuestro siglo. En María encontramos el ejemplo de mujer fraterna y solidaria.

Lectura bíblica

- Lc 1, 39 - 42

Salmo 86

Atiéndeme, Señor, escúchame, que soy humilde, pobre soy. Protégeme porque soy fiel; tú, mi Dios, salva a tu siervo que ha puesto en ti su confianza. Apiádate de mí, Dios mío, que a ti clamo sin cesar. Inunda de gozo a tu siervo, que hacia ti yo me dirijo.

Tú, mi Dios, eres bueno y clemente, lleno de amor para quienes te invocan. Señor, atiende mi ruego, escucha mi voz suplicante. Cuando estoy angustiado te llamo porque tú me respondes.

No hay entre los dioses uno como tú, Dios mío, no hay obras como las tuyas. Todas las naciones que forjaste vendrán, mi Dios, a postrarse ante ti y darán gloria a tu nombre. Pues tú eres grande y haces prodigios; tú, sólo tú, eres Dios. y en tu verdad caminaré; guía mi corazón para que venere tu nombre.

Señor, Dios mío, de todo corazón te alabaré, por siempre glorificaré tu nombre porque ha sido grande tu amor conmigo, del reino de los muertos me sacaste.

Oh Dios, los arrogantes me atacaban, gente violenta buscaba mi muerte sin tenerte a ti presente. Pero tú, mi Dios, Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor

y de verdad, vuélvete hacia mí y apiádate; da tu fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava. Haz un signo de bondad conmigo; que mis enemigos se avergüencen al verlo, pues tú, Señor, me ayudas y me consuelas.

Padre Nuestro

Oración final

María de Nazaret, cantadora del Magníficat, servidora de Isabel: ¡Quédate también con nosotros, que está por llegar el Reino! Quédate con nosotros, María, con la humildad de tu fe, capaz de acoger la Gracia; quédate con nosotros, con el Verbo que iba creciendo en ti, humano y Salvador, judío y Mesías, Hijo de Dios e hijo tuyo, nuestro Hermano, Jesús.
Amén.